

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

**D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.**

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

**El mayor portento del mundo.**

(Continuacion.)

Vengan aquí los ambiciosos, y digan por qué aborrecen la ley cristiana, y odian á su divino autor. ¿Cuándo ambicionó Jesús las grandezas humanas, ni buscó los aplausos populares? ¿Quién puede acusarle de orgullo, de ambicion, ni de jactancia? Los fariseos le acusan de blasfemo y endemoniado, y Jesús responde con mansedumbre divina, pero tambien con divina firmeza: Yo no tengo el demonio. Vosotros tratais de quitarme la honra pero os reto á que me señaleis una mancha en mi blanca vestidura. Yo no busco mi gloria. Mi Padre vela por ella y juzga mi conducta y la vuestra. ¿Por qué, pues, le odian los ambiciosos? ¿Será por-

que condena la soberbia y las vanidades? ¡Ah! De palabra y de obra, con su predicacion y con todas sus acciones reprueba y anatematiza esa sed de encumbrarse, de lucir y brillar que atormenta á los hombres mundanos, y los arrastra á cometer mil pecados, á prescindir de la ley de Dios, á perder su alma, y renunciar á los bienes eternos con tal que puedan lograr el objeto de su loca ambicion.

¿Y qué pueden alegar contra Jesús los avaros? Él nació pobre, vivió pobre, y murió desnudo en el patibulo de los esclavos. No vino, pues, á reunir tesoros, á procurarse riquezas y comodidades. «No atesoreis, decia, en la tierra donde el oro y la plata no pueden llenar el vacío inmenso de vuestro corazon: atesorad en

el cielo donde está la dicha y el contento, la grandeza y la verdadera felicidad. ¿Será que los avaros ódian á Jesucristo porque condena su codicia insaciable, sus horrendas injusticias, sus extorsiones criminales? ¿Quién lo duda? Demasiado saben que Jesucristo Nuestro Señor, así como promete un reino de gloria á los pobres de espíritu, á los caritativos y misericordiosos, castigará á los avaros, y duros de corazón, arrojándolos por toda la eternidad, atados de piés y manos, en un abismo de fuego.

Comparezcan aquí los pobres, y declaren si tienen algun motivo, alguna razon, alguna causa que justifique su ódio, su ingratitude, y oposicion á nuestro amantísimo Dueño y Señor Jesucristo. Por el contrario, no tienen los pobres sino motivos de amor y gratitud al Hijo de Dios. ¿Qué seria de los pobres sin la doctrina de Jesucristo? Antes de su venida á la otra parte del Calvario, en aquella sociedad pagana, prosternada ante mil ídolos infames, entregada al sensualismo mas desenfrenado, y dominada por tiranos voluptuosos, y crueles, en ese mundo pagano, caido en los abismos de la supersticion y de los vicios mas groseros y repug-

nantes, los pobres gemian en la miseria mas espantosa, y eran tratados como bestias de carga, sometidos á los mas duros trabajos, y obligados á dar su sangre y su vida para enriquecer á sus amos, divertir á sus señores, y servir á una sociedad sin entrañas, y destinada á perecer, herida por la mano de Dios, vengador de los pobres y de los humildes. Pero vino Jesucristo, y la tierra se estremeció de alegría. Porque los pobres oyeron palabras de consuelo, los humildes fueron exaltados, y los esclavos vieron rotas sus cadenas. Entonces aprendieron los pobres que tienen un alma como el rico y los esclavos aprendieron que la Cruz los habia hecho libres, y los humildes levantaron su abatida frente al saber que ellos serian exaltados por su humildad, y despreciados los soberbios á causa de sus elaciones y en castigo de su soberbia. Y en fin, ¿qué puede alegar el mundo contra Jesús?

¿Por qué braman las naciones, y el mundo entero se conjura contra la soberanía de Jesucristo, y el imperio de sus santísimas leyes? Por ventura, ¿vivirán las naciones sin la sangre de las creencias católicas que es el principio vital de su existencia? ¿Pueden

subsistir los troncos, ni reinar los príncipes de la tierra, sin el fundamento de la Religión, y sobre ese volcan horrible que se llama el ateísmo del Estado? ¿Es posible la dicha social allí donde se proscriben el Evangelio, se despiden á la Iglesia, ó se oprime su cuello con cadenas, y se relega á Jesucristo de todas las esferas de la vida? La tierra no puede vivir sin el cielo; los pueblos no pueden vivir sin Jesucristo; no hay orden, ni progreso, ni paz, ni civilización para las sociedades insensatas que rechazan el Evangelio y vuelven la espalda á la Cruz, instrumento de la redención, fuente de vida, y señal infalible de triunfos infinitos. El mundo se salvó por Jesucristo, y no hay debajo del cielo otro nombre en cuya virtud puedan ser salvos los hombres, ni felices las naciones. Todo lo que tiene la sociedad moderna, todo lo grande, todo lo noble, todo lo que es luz, todo lo que es progreso legítimo, libertad verdadera, civilización espléndida, todos sus bienes más preciados, todas sus glorias más puras, todo lo debe á Jesucristo, Redentor de las almas, Salvador de los pueblos, Restaurador de los cielos y de la tierra. *Omnia nostra á Christo habemus, et quod*

*simus, et vitam, et lucem, et spiritum, et aërem et terram* (1).

Pues entonces, ¿por qué no ama á Jesucristo, y le adora como Dios, y le obedece como á su Rey, y le rinde tributo de gratitud como á su Salvador, y Bienhechor, en justo retorno de los infinitos bienes que ha recibido, y para verse libre de los inmensos males que la aquejan, y que ella misma se ha labrado con sus horribles prevaricaciones? ¡Desdichada sociedad! Por seguir los caminos engañosos del liberalismo, ha disipado la rica herencia de la civilización cristiana, y ahora gime en la miseria, y vive bajo la férula de amos crueles que la explotan, degradan y envilecen.

Quiera Dios que nuestra patria se avergüence de sus extravíos, y acordándose de las glorias y grandezas, de las dichas y prosperidades que debe al catolicismo, abomine del liberalismo reinante, origen, causa y motivo de todos sus males y vuelva contrita y humillada al hogar católico, la santa Iglesia de Jesucristo en cuyo seno nació á la vida social, en cuyo regazo creció robusta y esbelta como la palmera de Cades, en cuyos brazos se

(1) Chrys. Homito. in epist. ad Cor.

elevó sobre todas las naciones como el cedro sobre la grama. Y quiera Nuestro Señor Jesucristo conservar en nuestro espíritu la luz de la fé, y abrasar nuestros corazones con el santo fuego de su amor, para que viviendo en El, y por El, y perseverando en El que es la verdad, y la belleza, el camino y la vida, logremos con su gracia y nuestras buenas obras el reino de la eterna gloria.

Z. M.

## VARIEDADES.

### MALUS MÉDICA.

*El prodigioso sidro de San Francisco.*

Plantado por el Santo *in domo Jacobae Septemsolis alla Ripa*, existió hasta 1613 en que se procuró por Paulo V para los frailes un aljibe; estorbaba, y se trasladó junto á la Capilla de la Tercera Orden; llevó frutos con sus hojas, que se disputaban los extranjeros por reliquias. Incautado este huertecillo en 1871, cuidaron los religiosos de su segunda traslación cerca de sí junto á su puerta con sus raíces y lo cuidaron; solo echó tres tallos pequeños y se secaron; ya sin esperanza, lo arrancaron y arrumbaron para el fuego. En la primavera de 1872 ocurrió esto: mas en el verano del siguiente año el lego Fr. José de Carpineto (paisano por tanto del Papa), y que ha muerto en 1881, arrancó del abandonado tronco una raíz seca de dos palmos y la plantó, no sin burla de los frailes pre-

sentes; pero él resueltamente confiaba en sus flores y frutos por intercesion del Santo; asistió y cuidó su maravillosa planta, y al intento añadía oraciones; en Agosto, con admiracion y pásmo, viéronse brotar tres pequeñas hojas; mas tarde tres tallos tiernos que fueron desarrollándose, creciendo á la vez la alegría de los Padres, y mas que en todos en Fr. José. En 5 de Noviembre de 1873, arrojados del convento por los italianisimos é incautado por el Gobierno, arrancaron y pusieron en una maceta su planta para llevarla consigo: entregada al diestro hortelano de Roma Francisco Morini, la cuidó dos años sin que á pesar de sus diligencias diese fruto, antes bien parecia marchitarse: la destreza y pericia del Morini no habia reparado que faltaba al vaso en su fondo el necesario agujerito: discutióse entre él y los frailes si deberia sacarse de allí y ponerse en el suelo; un tercero en discordia opinó se examinasen sus raíces; se cortó la parte podrida de ellas, colocóse con nueva tierra y buen abono en otra maceta, volvió á cuidar de ella Fr. José, revivió lozana, crecieron tres robustos ramos, y en los años 1877 y siguiente vistiose toda la planta de lozanas hojas; hubo flores en 1879 sumamente olorosas: echó diez y siete sidras en sus tres ramos, de exquisito sabor, y por último, se ha trasladado á un maceton cual convenia para su mayor desarrollo, siendo el objeto de no comun admiracion su historia, su nueva vida por la intercesion del bendito Patriarca, su número tres en sus primeras hojas, tallos y ramas en representacion de las tres Órdenes, y su notabilísimo olor y sabor, que acaso sim-

bolicen el que estén llamados á dar en el mundo y en los novísimos tiempos las tres Órdenes de nuestro Seráfico Patriarca, que vive y vivirá siempre en sus Hijos, segun las solemnes promesas que le fueron hechas por nuestro Señor Jesucristo.

### GERTRUDIS DE ESTE.

En otro tiempo, en el siglo catorce, vivia en Delft (Holanda) una jóven religiosa de la cual se contaban cosas extraordinarias. La habían visto, en la oracion elevada sobre la tierra como un puro espíritu pronta á emprender su vuelo hácia mas altas regiones; se la veia todos los días en los hospitales sensible á los males ajenos, como generalmente sucede á todo el que ha sufrido mucho, cuidar á los enfermos, vendar á los heridos y á menudo en un santo transporte, besar con sus lábios puros, las repugnantes llagas que acaba de curar: y oraciones, fatigas, obras de caridad sublimes, mortificaciones heróicas y constantes, todo esto sin alterar jamás en su rostro el aspecto risueño, dulce y tranquilo que encantaba á todo el mundo. Nada severo oscurecia aquella virtud encantadora. Gertrudis parecía gozar en medio de las espinas de la vida como esos ángeles que no pierden jamás de vista la presencia del altísimo, ni el sentimiento de su propia felicidad. No tenia mas que una sola éinocente distraccion; la gustaba cantar una antigua balada que empezaba asi.

En el Este, la aurora  
su luz deslumbradora,

difunde por doquier.

¿Sabe ¡ay! la pobre niña  
que encontré en la campiña,  
dondé la llevaré?

Y el pueblo de Delft, que frecuentemente se reunia en silencio, bajo los muros de su convento, para oir la melodiosa cancion, habia dado el nombre de Gertrudis de Este, á la jóven, cuyo origen é historia se ignoraban.

Nada sin embargo tan sencillito como esta historia.

Gertrudis era hija de unos pobres labradores; su gracia y la hermosura de su voz hicieron que se enamorase de ella un jóven al que no conoció mas que bajo el nombre de Willem: ella le amó tambien con pasion, pero cuando supo que no podia casarse mas que desobedeciendo á su madre le recordó las palabras del decálogo honrar padre y madre, se despidió de él para siempre.

Dios bendijo este sacrificio y su amor ocupó en aquella alma pura el lugar de todos los demás amores; en lo sucesivo cuando Gertrudis cantaba la cancion del Este, no era en Willen en quien pensaba, sino en el esposo divino de las almas, que vino del Oriente para consolarlos y salvarnos.

Dios solo ocupaba su corazon y la colmaba de gracias singulares que no pudo apesar de su humildad, ocultar á los ojos de los demás.

Un día la dulce Gertrudis recibió la siguiente carta:

Querida santa:

Estoy casado desde la festividad de Reyes, pero Dios me castiga por mi ingratitude; desde ayer mi jóven esposa se

halla entre la vida y la muerte. Sabe que la he puesto bajo vuestra protección tan poderosa para con Dios. Su curación os pertenece. Tiene la firme convicción de que vuestras oraciones se la alcanzarán. Venid pues, en nombre del cielo; venid y salvadnos.

WILLEM.

Gertrudis vaciló, después obedeció sencilla y confiadamente y siguió al mensajero enviado por Willem.

Empezaba á oscurecer cuando llegó á la Haya. Se detuvieron á la entrada de una avenida custodiada por una guardia de ginetes. Allí el mensajero rogó á Gertrudis que se apeara y le siguiese.

Habian pasado por delante de algunos edificios alumbrados interiormente, por cuyas ventanas salian rayos de luz que iluminaban á trechos la creciente oscuridad del camino, cuando Gertrudis se encontró en una esplanada rodeada de árboles. A través de sus copas despejadas de hojas y á favor de la escasa claridad del crepúsculo, pudo distinguir la cúpula de una capilla y las veletas de las torres de un castillo; no se atrevió sin embargo á preguntar á su compañero que la conducía así á la aventura. Por fortuna su incertidumbre iba pronto á desaparecer: después de atravesar un puente y pasar por delante de otro cuerpo de guardia se halló frente á un magnífico castillo y aunque nunca habia estado en la Haya, por los colores de las banderas flotantes y la suntuosidad del pátio, juzgó que no era aquella la residencia de un particular. Su turbación creció considerablemente y se vió precisada á preguntar á su guía: ¿Vuestro señor está al servicio

del duque? Ignoro contestó con tono deferente si debo contestar á esta pregunta.

Gertrudis calló y continuó siguiendo resjeltamente el camino que la indicaba. Subió la ancha escalera de mármol que conducía á una sala de armas; atravesó un vestíbulo, subió otra escalera y al fin se encontró en una espaciosa galería. Un gran número de personas estaban allí reunidas, compuesto de caballeros y cortesanos, que iban y venian manifestando la mas viva preocupación é inquietud: casi nadie se fijó en Gertrudis.

En aquel momento un pensamiento extraño cruzó por su imaginación, sus mejillas se enrojecieron súbitamente, temblaron sus rodillas y sintió en todos sus miembros el ardor de la fiebre, viéndose ante un pórtico brillantemente iluminado. Un paje vestido con un justillo gris y plata se dirigió á su conductor y le dijo con un tono en que se traslucía á la vez la alegría y la reconvencción.

Gracias á Dios que al fin habeis llegado, hemos enviado á vuestro encuentro á casi toda nuestra gente. ¡Estaba tan impaciente su Alteza!... Sin acabar la frase abrió una puerta y cambió algunas palabras con una dama que se encontraba allí: está levantado el tapiz que ocultaba una puerta, introdujo á Gertrudis en un gran salon alumbrado débilmente, por una lámpara suspendida del techo abovedado. No tuvo tiempo para darse cuenta de lo que veía porque enseguida dos señoras jóvenes acercándose á ella la cogieron de la mano diciéndola. Oh! Dios nuestro Señor sea bendito, venís á traer-nos la salvación!

A la cabecera de un magnífico lecho

estaba sentada otra drama de edad avanzada. Llevaba una estrecha diadema de pedrería; á su lado dos religiosas se mantenían de pié: viendo á Gertrudis la dijeron en voz baja.

Hermana Gertrudis cuán deseada era vuestra venida!

Esta levantó los ojos... era un sueño! Las armas del duque y conde Willem V y las de la casa de Lancaster brillaban unidas sobre aquel lecho de agonía.

Todo esto tuvo lugar en el espacio de un minuto. Gertrudis se dió cuenta enseguida de lo que pasaba, primero por los sollozos que partían del otro lado de la habitación y entre los cuales oía pronunciar su nombre, y luego sobre todo, por los suspiros que arrancaba el sufrimiento á una mujer joven postrada en el lecho. Oh! está aquí! es ella! le conozco exclamaba con alterada voz.

Dios mío! exclamó Gertrudis fuera de sí ¿dónde estoy?

Cerca de una pobre criatura que implora vuestro socorro y... vuestro perdón... si, sois vos, vos que podéis salvarme; Gertrudis de Este! Oh! yo reconozco vuestra voz, tan suave y penetrante Gertrudis, hermana mía, perdónadme! acercáos, acercáos mas... soy la esposa de Willem.

Gertrudis cae de rodillas al lado del lecho, separa las ricas cortinas, toma entre sus manos las de la condesa, las besa, las cubre de lágrimas y exclama con emoción:

Dios mío! os tomo por testigo de que jamás he tenido nada que perdonar á esta augusta señora y tengo la firme convicción de que no merezco de ningún

modo tener semejante derecho sobre nadie. Sin embargo Dios mío! os suplico, por los sufrimientos de vuestro divino Hijo Jesús que pagó nuestras deudas, tengais piedad de esta noble criatura que vuestra sierva Gertrudis ama con todo el ardor del amor cristiano y si mi oración es atendida concededla la salud y libradla de sus sufrimientos.

Gracias Dios mío! estoy salvada exclamó súbitamente la condesa.

Las damas la rodearon enseguida prodigándola sus cuidados, Gertrudis se retiró un poco hacia atrás porque sentía que sus fuerzas la abandonaban y se apoyó sobre una mesa por temor de caer.

Las dos jóvenes damas de honor y la señorita de mas edad se aproximaron enseguida á ella. Las primeras la estrechaban las manos vertiendo lágrimas de alegría: la de mas edad, la daba tambien las gracias mas afectuosas. Venid ahora á descansar un poco la dijeron. Instaron á Gertrudis para que pasase á la habitación inmediata. Apenas habia andado dos pasos en aquella dirección, cuando se encontró frente al esposo de la joven enferma. Estaba allí llorando amargamente, levantó los ojos dirigiéndola una expresiva mirada. Era él, era Willem V, duque y conde de Holanda y echándose á sus piés besó el borde del hábito de Gertrudis....

La inocente joven lo comprendió todo: el hombre á quien tanto habia amado y que Dios solo habia podido desterrar de su corazón, era el soberano de Holanda, hijo del emperador Luis de Baviera y de la altiva Margarita de Holanda, que ha-

biendo envidado, vió á su hijo disputarla el poder. Gertrudis rechazando al jóven príncipe, recordándole con energía el divino mandamiento honra á tu padre y á tu madre, habia terminado sin saberlo una lucha deplorable, reconciliando aquellos corazones desunidos y la union que el conde Willem contrajo con Matilde de Lancaster, la esposa de su madre le ofrecia, habia sellado su reconciliacion con ella y la paz de la pátria. Gertrudis, repetimos, lo habia adivinado todo y su alma angelical se regocijó, pero haciendo á Dios el sacrificio de su última entrevista con Willem, dejó inmediatamente á la Haya y volvió á su querida soledad.

Su vida no debia ser larga; abrasada de amor divino, llena de favores celestiales, murió á los veinticuatro años en brazos de sus hermanas, entre las que se hallaba la dulce Matilde de Lancaster esposa de Willem. Su presencia fué un postrer consuelo para la moribunda.

Aun existe en Delft el sepulcro de la bienaventurada Gertrudis de Este.

Esta narracion procedente de los Bollandistas, es exactamente verídica: la dulce figura de Gertrudis no es una creacion novelesca; vivió en aquel país que dió á Europa, la Imitacion de Cristo; que vió florecer, en la edad media, una escuela mística en la cual la mas pura doctrina condujo á la práctica de las mas heroicas virtudes.

Y.

### LOS TRES PADRES NUESTROS.

—Yendo una vez un sacerdote á dar un paseo, encontró una niña que, á su juicio, aun no habia llegado al uso de la

razon. No obstante, al ver el respecto y cortesia con que la inocente niña le saludó, acercóse á ella, se informó acerca de su familia, y preguntóla si sabia el *Padre nuestro*. Admirada la niña de que se le hiciese tal pregunta, fijó en él sus hermosos ojos, que revelaban una inteligencia nada comun, y exclamó: «¡Ah!, señor cura; si, yo se el *Padre nuestro*, y no solo se uno sino tres.» «Pues bien, hija mia», replicó el sacerdote, te prometo una buena recompensa si me dices los tres *Padre nuestros* que sabes.» «El primero de los tres *Padre nuestros*, es el que me enseñó mi mamá; helo aqui, y rezó toda la oracion dominical. El segundo es el que aprendí en la escuela; es este, y rezó el *Padre nuestro* en latin. El tercero es el que canta el sacerdote en la iglesia, y en seguida comenzó á cantar con voz dulce y agraciada el *Pater noster*, como lo canta el preste en las misas solemnes.

Felicítola el piadoso sacerdote, dándole tambien la recompensa prometida. La pobrecita niña, llena de gozo, fué corriendo en busca de su mamá, quien no pudiendo contener las lágrimas de alegría, la estrechó entre sus brazos, dando gracias á Dios, y encomendándose una vez mas á si misma y á toda su familia á nuestro Padre, que está en los cielos, y á la Santísima Virgen Maria.

Pero, ¡cuán raros son hoy los niños que pueden gloriarse de saber los tres *Padre nuestros*! Gracias si saben el primero. ¡Dichosos los que medidos dulcemente en brazos de una piadosa madre, ó sentados en los bancos de una escuela, en que aun se tribute á la Cruz el honor debido, son imbuidos en los principios de la fé, y se persuaden de que para conseguir la vida eterna es necesario conocer, amar y servir en este mundo al Soberano Señor de todo lo criado.